

JOSÉ MARIANO MOCIÑO. UN NATURALISTA MEXICANO QUE RECORRE NUTKA, CANADÁ EN EL SIGLO XVIII

Xavier LOZOYA
Instituto Mexicano del Seguro Social

ACTUALMENTE, LAS EXPEDICIONES científicas son escasas en un país como el nuestro, en donde por mucho tiempo el conocimiento de la naturaleza no ha sido del gusto de sus gobiernos ni de las instituciones académicas. Sin embargo, en el pasado tuvieron lugar algunas, amparadas por la benevolente autoridad y que dieron a conocer lo poco que sabemos de la flora y fauna nacionales.

Explorar las riquezas de los mares, bosques o desiertos es una práctica que se inició en el mundo con los hombres del siglo XVIII; es producto de la *Ilustración*, sobre todo en lo que a inventario y clasificación de cosas corresponde. Fue en tiempos de la Colonia, cuando Nueva España se convirtió en escenario de una de las más interesantes expediciones que el Imperio español haya organizado en el Nuevo Mundo: la Expedición Científica de 1788-1803.

Esta empresa junto con todas las demás expediciones científicas españolas del siglo XVIII, tuvo como propósito dar a conocer al gobierno borbón, que encabezaba Carlos III, los recursos animales, vegetales y minerales con que contaba España, en una época en que la Corona veía declinar su poder y las arcas reales se hallaban casi exhaustas. El rey buscó las posibilidades de dominar el mercado europeo con los nuevos productos exóticos de América y con ello detener a Inglaterra y Francia en su escalada económica. La historia demostraría que tal medida era ya extemporánea y el coloso español tendría que ceder el puesto a Francia durante los años subsiguientes.

El siglo XVIII, es tiempo de renovación, época de notables avances en el pensamiento científico, es el "Siglo de las Lu-

ees'' aunque llegara tardíamente a la corte española. Las academias y sociedades literarias, creadas y fomentadas por Felipe V, se hallaban saturadas de entusiastas ilustrados iberos, que poco o nada podían hacer en ese país para dar rienda suelta a los ideales liberales, recién adquiridos de sus vecinos franceses. De la subversiva Ilustración, el conocimiento de la naturaleza y en especial de la botánica, era el capítulo más ingenuo y del cual se sirvieron los intelectuales españoles para convencer a sus monarcas de la necesidad de impulsar el estudio de esta ciencia. Así, convirtieron al Real Jardín Botánico de Madrid en la sede del incipiente movimiento ilustrado español. En 1780 las ideas del sueco Carl Linné habían permeado toda Europa de tal manera que la botánica se hallaba a la cabeza de las ciencias, siendo el pasatiempo más difundido entre los ilustrados del Viejo Continente.

Las ricas colonias de América era el sitio que deseaban conocer los naturalistas españoles. La sola mención de la extensión de las posesiones en el Nuevo Continente, empujaba los esfuerzos de los demás países europeos que ya para entonces planeaban la repartición de áreas de estudio en África y en Asia.

Las primeras expediciones con participación española dirigidas hacia América del Sur fueron viajes difíciles, desorganizados y casi todos infructuosos. Los científicos fracasaron al enfrentarse a las enfermedades de los climas cálidos y más de una vez pagaron con la vida su inexperiencia. Pehr Loeffling, discípulo de Linné, comisionado en 1754 por el gobierno español para explorar las costas venezolanas, muere cuando intentaba levantar el primer inventario de las plantas indígenas, víctima de una "fiebre maligna" de la selva. Celestino Mutis necesitará de diez años de negociaciones y pleitos cortesanos para convencer, finalmente en 1781, al monarca español, de la importancia de sus prolongados estudios botánicos en Nueva Granada, Colombia. Sin embargo, sus colectas y observaciones acerca de la quina serían aprovechadas por otros. Ruiz y Pavón en su viaje de 1777 a 1787 encontrarán una burocracia mejor entrenada para manejar el apoyo y provisión a su expedición por las tierras del Perú, pero la mayor parte de su cargamento en plantas y animales se

perderá en los accidentados viajes marítimos. Unas veces por el azote de las tormentas que enviaron cargamentos completos al fondo del océano Atlántico y otras porque fueron a parar a los barcos piratas que comerciaban con "productos de ciencia", el hecho es que la proporción de los beneficios que lograba España era muy baja comparada a la inversión y el número de expediciones que patrocinó.¹

La expedición a México tuvo un origen casual e histórico. Hacia el año 1785 se descubrió, en la biblioteca del antiguo Colegio Jesuita de Madrid, un legendario manuscrito de Francisco Hernández, el protomédico de Felipe II, que se refería a un amplio inventario de la flora y la fauna mexicanas realizado en el siglo XVI. Su "Historia Natural de Nueva España" había sido dada por perdida en uno de los incendios que sufrió El Escorial durante el siglo XVII. No obstante las pocas y malas copias de algunas de las partes del libro de Hernández que se habían conocido en Europa, la fundamental continuaba inédita.

Cuando el original de esta "Historia" —o copia manuscrita por el propio médico— se conoció en el Jardín Botánico de Madrid, su director, Casimiro Gómez Ortega, decidió una pronta publicación del texto. Para lograrlo se requerían de las ilustraciones de plantas y animales mexicanos a que hacía referencia el voluminoso material. Se pensó en organizar un plan que instruyese a las autoridades coloniales para que proporcionasen la información y los dibujos requeridos, pero, ante la imposibilidad de asegurar la fidelidad de los materiales y convencido de que doscientos años eran muchos para utilizar los textos de Hernández en su forma original, el Director del Jardín optó por solicitar al monarca su aprobación para organizar una expedición a Nueva España. Ésta, además de proporcionar las láminas requeridas para la mencionada edición, ampliaría los datos sobre la flora y la fauna

¹ Con frecuencia se ignora la dimensión del interés que la corona española puso en el patrocinio de expediciones científicas en el siglo XVIII. Sin embargo, fue notable el número de actividades que fueron sostenidas por el gobierno español, de manera aislada o en colaboración con otros países. Ver ARIAS DIVITO, 1968. Véanse las explicaciones acerca de siglas y referencias al final de este artículo.

mexicanas a la luz de la nueva interpretación científica de la época.

Así, doscientos años después de que Hernández finalizara su recorrido por México, la corona española decidió continuar con la labor que, de manera tan brillante, había iniciado el protomédico. Para ello dejó en manos de Casimiro Gómez Ortega la selección de los naturalistas que participarían en la empresa.

En 1788 se reunió, en la ciudad de México, el contingente que llevaría a cabo el reconocimiento de tan amplio territorio colonial. La comisión se hallaba dirigida por el médico español Martín Sessé, radicado en México y a quien habían insistido a lo largo de cuatro años, ante las autoridades de la corte española, acerca de la realización de una expedición como la que ahora ponían sobre sus espaldas. Aficionado a la botánica, tenía en su haber, un enfoque ilustrado de la medicina y los recursos herbolarios, un capital logrado en la práctica médica en los ejércitos españoles de ultramar y, además, contaba con la simpatía y apoyo de las autoridades virreinales, que no es poco decir. Consciente de sus limitaciones como "naturalista", solicitó se le asignasen otros colaboradores expertos en tales menesteres. Vicente Cervantes y José Longinos Martínez fueron los especialistas seleccionados del contingente que formaba el cuadro de profesores del Jardín Botánico de Madrid. El primero, en su calidad de botánico, se haría cargo del futuro jardín botánico de la Nueva España y el segundo, naturalista consumado, se ocuparía de la colecta y clasificación de especímenes animales y minerales que serían enviados a Madrid, al Gabinete o Museo Real, a medida que los trabajos progresaran. Juan del Castillo, otro científico español, se integró al grupo procedente de Puerto Rico y en su calidad de botánico de la expedición, debería ocuparse de la clasificación taxonómica de los materiales vegetales siguiendo la doctrina linneana. El grupo estaba compuesto además, por don Jaime Senseve, un simpático farmacéutico español medio sordo y amnésico, que habiendo pasado a México varios años antes, carecía de trabajo y a quien las autoridades virreinales, desesperadas por no poder encontrarle sitio para trabajar, impusieron su participación en la expedición.

El tiempo demostraría que el “bueno para nada” de Senseve fue más un estorbo que la esperada ayuda en la misión que le encomendaron.

Este grupo, comandado por Sessé, inició sus actividades formales en 1788, bajo la lluvia torrencial del verano mexicano y contando con toda la animadversión de los criollos novohispanos, quienes vieron en esta expedición, una imposición más del poder y la política peninsulares que ignoraba olímpicamente el talento, los recursos o el interés académico de los —no pocos— intelectuales y naturalistas locales.

Más de una vez, sabios de la talla de un Antonio Alzate, arremetieron desde sus atalayas literarias contra el sentido y validez de la doctrina botánica, que animaba a los recién llegados. La Universidad y el Protomedicato coloniales vieron en los catedráticos de botánica un riesgo, por su interferencia en la formación de médicos y en la aplicación de medidas disciplinarias que tiraban por tierra sus viejas y anquilosadas estructuras de poder en el ámbito universitario.

Pronto, la ciudad de México vio la aparición de dos grupos notables, los que se oponían a los trabajos de la expedición científica y entorpecían al máximo sus movimientos, y los que descubrieron en ese grupo de ilustrados la posibilidad de modificar el estado que guardaban las ciencias médicas y en general las —después llamadas— ciencias naturales, en la apática vida de la Colonia.

A estos últimos perteneció José Mariano Mociño. Un joven médico criollo, oriundo de Temascaltepec (hoy Estado de México) que ingresó, entonces, como uno de los primeros alumnos de botánica en la nueva cátedra que Vicente Cervantes había improvisado en 1789 en el Potrero de Atlampa, predio obsequiado a los naturalistas para fincar el jardín botánico y que se hallaba cercano al paseo de Bucareli, centro del Barrio del Sapo, posteriormente llamado “Del Buen Tono”, en la ciudad de México.

Mociño fue integrado a la comisión exploradora, un año después, en 1790 cuando demostró su gran adelanto en la botánica y sus cualidades intelectuales; Sessé le invitó a participar de las experiencias que se desarrollarían en los siguientes cinco años que, pensaban, duraría la expedición por los te-

territorios de Nueva España. Con ello el director lograba varios propósitos que facilitarían su trabajo, la incorporación de un intelectual local a la comisión, lo que aplacaría, en parte, el dolorido orgullo novohispano; la sustitución de Senseve por alguien más idóneo para excursionar por México colectando y clasificando plantas y, el aprovechamiento de un entusiasta médico y botánico que le costaría sólo la mitad de un salario de los asignados a los científicos españoles. Cosas de la época.

El tiempo y el destino demostrarían que José Mociño fue una adquisición fundamental para lograr los propósitos de la expedición en Nueva España. Años después se convertiría en la bujía de la organización y de él dependería el desarrollo de todos los trabajos científicos. Finalmente, y habiéndose prolongado la expedición por quince años de difíciles y memorables esfuerzos para cumplir el cometido inicial, Mociño será el único sobreviviente de la expedición bajo cuya responsabilidad quedó depositado todo el futuro histórico de esta epopeya iberoamericana.

En otra parte hemos relatado la historia y trascendencia de esta memorable expedición.² Aquí nos vamos a referir sólo a un capítulo de las andanzas de Mociño, al viaje que le llevó a explorar las costas del actual territorio de Canadá, la isla de Nutka. Esta historia corresponde a una curiosa época en que los habitantes de Canadá eran los indios a estudiar y los mexicanos los ilustrados científicos.

Cuando José Mariano Mociño se embarcó en 1792 hacia las frías costas occidentales del norte del continente americano, contaba con treinta y cinco años de edad. Acababa de participar en sus primeras incursiones como botánico y naturalista (1790-1791) que le llevaron a conocer la costa del Pacífico y las montañosas tierras de los tarahumaras. Juan del Castillo le acompañó en su difícil itinerario desde la ciudad de México hasta Los Álamos, poblado muy pequeño y olvidada misión en los límites de los actuales estados de Sonora y Sinaloa. Desde ahí, siguiendo una sinuosa línea descendente hacia el sur, por la tierra de los eternos "chichime-

² LOZOYA, 1984.

cas bárbaros”, llegaron a Aguascalientes. En esa ocasión Del Castillo enfermó de escorbuto y un año y medio después moriría víctima de las complicaciones. Su memoria fue honrada con el nombre de una de las plantas más interesantes que clasificaron los expedicionarios, el árbol del hule, la *Castilloa elástica*, llamada así desde entonces.

En Aguascalientes, al culminar un recorrido notable por toda la costa del Pacífico colectando animales y vegetales y haciendo las más variadas observaciones sobre los recursos del norte agreste del país, Mociño fue recibido por Sessé con malas y buenas noticias. La primera, su majestad aún no se dignaba nombrarlo oficialmente como miembro de la expedición científica, por lo que su sueldo seguía siendo bajo y además se lo pagarían cuando y donde se pudiera. La segunda, que el virrey lo comisionaba para acompañar al/almirante don Juan Francisco de la Bodega y Quadra a punto de zarpar desde San Blas, Nayarit, rumbo a las costas de Nutka, isla cerca del paralelo 50 norte de las posesiones españolas en el Océano Pacífico. Mociño cumpliría funciones de naturalista de a bordo con instrucciones precisas de estudiar las riquezas animales, minerales y vegetales de aquellas posesiones, así como de todo lo que permitiera un mejor y avanzado comercio con esa área. En su compañía iría un amigo, el dibujante Atanasio Echeverría, talentoso prospecto que Sessé había adquirido en la Academia de San Carlos y le había nombrado dibujante de la expedición, con sus 19 años.

Más adelante veremos que gracias a la presencia de Echeverría, esa suerte de fotógrafo o reportero gráfico de entonces, los informes que rendirá Mociño, sobre este apasionante viaje, estarían ilustrados con bellísimas láminas que complementarían la información de manera admirable.

Mientras imaginamos a este par de ilustres mexicanos en 1792, viajando a bordo de alguna de las dos goletas que integraban la expedición, *La Sutil* o *La Mexicana*, comandadas por don Dionisio Galiano y don Cayetano Valdés, respectivamente, analizaremos el motivo de este viaje que llevaba al/almirante Quadra a entrevistarse con el también/almirante Vancouver.

La fuente que nos ha servido para documentar el origen de esta posesión española del siglo XVIII, es la obra del pro-

pio Mociño denominada "Noticias de Nutka", libro que escribió el explorador en 1793 a su regreso a Nueva España y que no obstante la trascendente información que contiene, ha sido publicado íntegro una sola vez, en México, en 1913.³ También Alejandro de Humboldt dedicó páginas al relato del origen de estas posesiones españolas, tanto porque fue contemporáneo de los acontecimientos que ocurrieron entre Inglaterra y España en torno a estas lejanas tierras, como por haber tenido acceso a los manuscritos de Mociño.⁴

Juan Rodríguez Cabrillo, siguiendo una orden del virrey Antonio de Mendoza, en 1542 partió del puerto de Navidad en la costa del Pacífico en Nueva España a reconocer la costa noroccidental de América en busca de nuevos territorios. Se dice que sobrepasó la latitud norte de los 45° y descubrió un cabo que llamó Mendocino en honor al virrey. Desde allá, hasta el puerto San Francisco fueron los primeros contornos que pudieron trazarse en los mapas del norte occidental del continente. Posteriormente Juan de Fuca y Bartolomé Fouté, en el mismo siglo XVI, recorrieron esta misma latitud y fue entonces cuando surgió la leyenda de que el primero había encontrado un estrecho, el "Canal de Fuca", que unía al Océano Pacífico con el Atlántico, mediante numerosos canales que habían visitado los españoles en naves congeladas por el intenso frío y con tripulaciones asediadas por el escorbuto y la muerte. En realidad se habían topado con la isla de Vancouver y sus dimensiones les hicieron creer que el canal de Fuca comunicaría con otro océano.

Hacia 1582 Francisco Gali en su viaje de Macao a Acapulco, siempre buscando el legendario canal, alcanzó una latitud de 50°30' que corresponde al margen oeste de la isla de Vancouver donde forma un archipiélago y una de cuyas islas es Nutka. Gali dijo haber encontrado una deliciosa región de colosales montes cubiertos de nieves perpetuas y de un espléndido clima con hermosa vegetación, multitud de animales, "perros" marinos y otras riquezas naturales. Sin

³ MOCIÑO, 1913.

⁴ HUMBOLDT, 1978, Libro Tercero, Capítulo VIII.

embargo, hoy creemos que Gali costó la parte alta del archipiélago del Príncipe de Gales o del Rey Jorge, sin poder precisar exactamente su presencia en Nutka. El famoso Sir Francis Drake, buscó el estrecho de Fuca antes, en 1578, pero su barco no logró sobrepasar los 48° de latitud norte, limitándose a reconocer el cabo Greenville en la Nueva Georgia. Siguió Sebastián Vizcaíno quien emprendió dos expediciones que tenían como propósito alcanzar la soñada latitud de más de 50°, pero sólo la del año de 1602 tuvo importancia histórica. Enrico Martínez, el controvertido científico de Nueva España en el siglo XVII, elaboró 32 mapas que demuestran que Vizcaíno bordeó con cuidado y gran precisión aquellas costas del norte, sobrepasando a todos sus predecesores. Las enfermedades que aquejaron a su tripulación, la falta de víveres y el rigor del clima, le impidieron a Vizcaíno ir más arriba del cabo San Sebastián, al norte de la bahía de la Trinidad. Una de las fragatas de su expedición, la que mandaba Antonio Flores, fue la única que logró adelantar el recorrido por arriba de la marca de los 47° creyendo ver el famoso estrecho de Fuca o de Anián, según la terminología de los ingleses.

Con este viaje finalizó el primer ciclo de expediciones españolas en esa zona. Durante el siglo siguiente, merodearon por esas costas, naves de muchas banderas, pero sobre todo rusas, inglesas y portuguesas.

El interés de España se reanimó en 1774, cuando los isleños que habitaban todo ese archipiélago divisaron un buque español mandado por el piloto don Juan Pérez, que estuvo fondeado cerca de la punta de una isla, a 50° de latitud. Los indígenas tomaron sus piraguas y atraídos por la tripulación del barco español, establecieron contacto con los recién llegados. Tuvo lugar entonces un intercambio de regalos, baratijas, espejos y cucharas de plata para los indígenas del lugar; pieles de nutria para los españoles. Por el diario de aquel navegante español se sabe que los viajeros no saltaron a tierra, recorrieron con la vista la costa y descubrieron una hermosa bahía, a la que llamaron San Lorenzo. Alguien intentó descifrar el idioma u origen de los nativos —cuenta el navegante— sólo respondían Noo-te, Nutke. . . Nutka. (Mo-

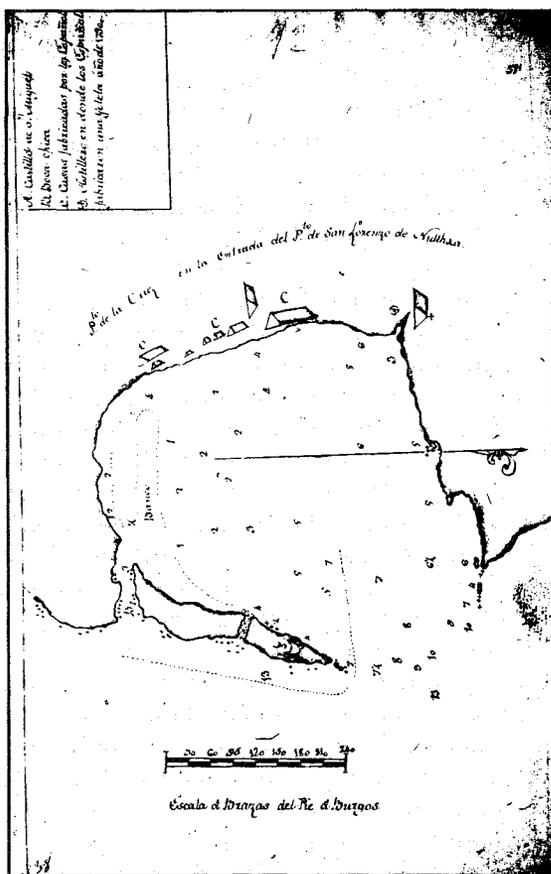
ciño nos dará después su versión sobre el origen del nombre Nutka), por lo que los navegantes de Pérez bautizaron al lugar con el nombre de San Lorenzo de Nutka.

Para los españoles, el territorio había quedado adjudicado a su Corona y lo consideraron territorio español. Los nombres fueron quedando establecidos, la *Entrada de Pérez* separaba la isla de la Reina Carlota de la del Príncipe de Gales, al pasar rumbo a la bahía de Nutka.

Cuatro años después el ilustre James Cook anclaría su barco en el mismo lugar y lo denominaría *King George's Sound*. También canjeó baratijas con los indígenas que ya tenían hierro y cobre y ahora fueron éstos los que les ofrecieron cucharas de plata a los ingleses.⁵ Cook se llevó sólo las pieles de nutria. Ahora Inglaterra reclamaba como suyos esos territorios.

En 1779 don Bruno Hezeta, don Juan de Ayala y don Juan de la Bodega y Quadra, descubrieron, al recorrer la misma costa, la desembocadura del río Columbia (entrada de Hezeta), el monte Edgecumbe (monte San Jacinto), la bahía de Nortfolk y el puerto de Bucareli. Ya para entonces se había alcanzado la latitud 55° y el estrecho de Fuca dejaba de tener sentido como canal interoceánico. Los navegantes de entonces suponían que de existir ese canal se encontraría mucho más arriba, hacia las costas de Alaska. Sin embargo, el comercio de pieles se había convertido en el objetivo primordial de los viajes al norte, ya que la venta de la piel de nutria resultaba ser un prometedor negocio en los puertos de China y Filipinas, donde se vendía su peso en oro. La competencia entre españoles, ingleses y rusos no sólo se daba en el campo de las pieles, también ocurría en el de la denominación de sitios "descubiertos" de tan extensa costa. La *isla de la Magdalena*, descubierta por el almirante Quadra, se convertía en *Hinchibrook* según su colega Vancouver al visitarla. Mientras tanto, los indígenas "nutkenses" les vendían a ambas naciones cargamentos enormes de la piel de las nutrias que se atra-

⁵ Existe referida la anécdota del obsequio hecho a los indígenas en el diario de Juan Crespi, fraile que se hallaba a bordo de la corbeta "Santiago" en 1774, y que explica el origen español de las cucharas que asombraron a Cook en 1778. HUMBOLDT, 1978, p. 213.



Plano del Puerto de la Cruz

paban sin mayor esfuerzo. El reto por alcanzar una latitud mayor había quedado atrás.

Con el desarrollo del comercio de los grupos indígenas de la costa noroccidental de América, la posesión de la tierra cobraba gran importancia. “Durante algún tiempo ha fijado la atención de todas las potencias marítimas de Europa la colonia que los españoles han querido formar en Nutka —escribió el barón de Humboldt— algunos tinglados puestos en la playa, un miserable baluarte defendido por algunos pedreros

y algunas berzas plantadas en una cerca, han estado a punto de excitar una guerra sangrienta entre la España y la Inglaterra".⁶ El problema no era nada sencillo y los navegantes sabían ya, a mediados del siglo XVIII, que "los imaginarios derechos que los europeos se habían figurado adquirir sólo con plantar crucetitas, dejar letreros colgados de los troncos o ramas de los árboles o enterrando vasijas y botellas. . ."⁷ en las tierras descubiertas, eran después convertidos en poderosas realidades militares cuando los gobernantes y sus emisarios tomaban cartas en el asunto.

Los acontecimientos ulteriores son detalladamente descritos por Mociño y explican cómo se fue generando el conflicto político entre España e Inglaterra en torno a la posesión de Nutka. Los comandantes Gore y King, sucesores de Cook, iniciaron el comercio formal de pieles en esta zona de América, con los consabidos episodios de abuso y violencia que caracterizan a tales negocios:

"Desde el Asia comenzaron (los ingleses) a animar a sus compatriotas a fomentar la venta de pieles, pintándoles su facilidad, prontitud y ventajas —escribió Mociño—. En la misma Inglaterra publicaron el proyecto que no fue visto con indiferencia por aquellos activos e industriosos negociantes. El capitán Hana fue el primero que navegó a esta costa con el solo designio de tratar en pieles. Llegó a Nutka y los naturales sin el menor recelo se acercaron a sus embarcaciones, entraron en ellas y robaron varias cosas, con lo cual se irritó él y mandó hacer una descarga con que los escarmentó en lo sucesivo".⁸

"Juan (John) Meares hizo viajes con el mismo objeto. . . él dice haber comprado a Macuina (jefe de los Nutkenses) el terreno contiguo por el lado norte. . . al establecimiento español",⁹ que serviría de posesión inglesa en oposición a la española y desde donde se inciaran las hostilidades entre ambos grupos. En medio de la competencia y animadversión de

⁶ HUMBOLDT, 1978, p. 210.

⁷ HUMBOLDT, 1978, p. 212.

⁸ MOCIÑO, 1913, p. 53.

⁹ MOCIÑO, 1913, p. 55.

ingleses y españoles por el dominio de la isla y su comercio de pieles, aparecieron los americanos que, a decir de Mociño: “con tal diligencia que quiere exceder a la de sus antiguos progenitores, no pensaron quedar sin parte en este lucrativo giro. El señor Kendrik salió de Boston en la columbia *Rediviva* y el Capitán Gray a sus órdenes en la balandra *Washington*. . . al llegar a Nutka, compraron al rey Macuina por diez fusiles y un poco de pólvora, un pedazo de tierra de la isla” —Agrega Mociño: “no podré decir si fue el interés o la rivalidad con los ingleses la que les sugirió a los americanos la perversa idea de enseñar a los nativos el manejo de las armas de fuego. . . después otro regalo de doscientos fusiles, dos barricas de pólvora y una porción considerable de balas que desde luego se emplearon en los infelices marineros de los Capitanes ingleses Brown y Baker”.¹⁰

Ante tales acontecimientos, los españoles decidieron en 1789 viajar a conocer qué tanto ocurría en *su posesión* para lo cual enviaron a Estevan Martínez al mando de la fragata *Princesa* y del paquebot *San Carlos*. Al llegar los españoles encontraron de visita a los portugueses del buque *Efigenia Noviana* comandado por el almirante Viana.

Martínez, en uso de la autoridad que creía justamente tener, pidió pasaportes e instrucciones a los forasteros, solicitud que terminó con el encarcelamiento de los lusitanos y decomisó el barco y todo el cargamento de peletería. “A este tiempo —continúa Mociño—, se presentaron los bostoneses, Kendrik y Gray, que establecieron con el Comandante español una armonía perfecta, confesando ser sus más apasionados amigos. . .”¹¹ Por fin, el capitán inglés Colmet, arribó con órdenes reales de establecerse en Nutka sobre el terreno comprado por Meares al rey Macuina y “sostener con las armas esta pretensión”. Llegado el momento culmen de la confrontación Martínez mandó liberar a los portugueses y arrestó al contrario inglés y a todos sus buques. “Muchos de los ingleses podían saltar a tierra. . . donde se quejaron con Macuina y su pariente (el cacique) Quelequem del agravio y la

¹⁰ MOCIÑO, 1913, p. 10.

¹¹ MOCIÑO, 1913, p. 62.

violencia ejecutada por Martínez. Condolidos estos príncipes —explica Mociño—, e ignorantes del derecho que autorizaba el proceder de Martínez, se quejaron ante dos oficiales españoles de la conducta de Martínez. Estos procuraron colmarlos con obsequios y convencerlos de los calumniosos informes ingleses que provocaban conflictos entre los naturales y españoles¹² Macuina consintió, pero su segundo, Quelequem, se encaró con Martínez, lo que dio como resultado: “la bárbara resolución de mandarlo matar de un fusilazo. . . , con lo que su cadáver quedó flotando sobre las aguas, lo que con tristó sobremanera a los naturales y aún a los mismos españoles”.¹³

El año siguiente de 1790 don Francisco de Eliza, recibió órdenes de ir a relevar a Martínez el “asesino Piloto de San Blas, fama que se le tiene en el Archipiélago del Norte”.¹⁴ A Eliza acompañó Pedro Alberni, ilustre industrial que se dedicó a construir hortalizas, acueductos y pozos para atraerse nuevamente la voluntad de los naturales. Alberni logró que Macuina volviese a reconocer en los españoles apoyo y amistad y a decir de Mociño, la sagacidad de Alberni, hizo que se propagase por la isla un himno que los indígenas cantaban cada vez que arribaba un barco español:

“Macuina, Macuina, Macuina”
 “Asco Tais hua-cás”

“España, España, España”
 “Hua-cás Macuina Nutka”¹⁵

(“Macuina, . . .

Es un príncipe grande amigo
 nuestro

¹² MOCIÑO, 1913, p. 63.

¹³ MOCIÑO, 1913, p. 64.

¹⁴ MOCIÑO, 1913, p. 65.

¹⁵ MOCIÑO, 1913, p. 66.

España, . . .

Es amiga de Macuina y Nutka”)

Por órdenes de Eliza, se enseñó a cantar a la tropa el estribillo diariamente en cada operación de embarque, y a la hora de izar la bandera en el rudimentario fortín que ya para entonces se construía en la costa.

Mientras los españoles buscaban la reconciliación con el pueblo de Macuina para reanudar el comercio de pieles, ahora controlado por la autoridad de Eliza, el capitán Meares presentaba un memorial contra la nación española en la Cámara de los Comunes en Londres, basado en el proceder de Martínez y señalando las grandes pérdidas que les habían ocasionado a los accionistas ingleses del comercio de nutrias. Los ánimos patrios se encendieron y la Cámara aprobó la declaración de guerra a España por los incidentes y agravios sufridos en Nutka.

Afortunadamente —dice Mociño—, los preparativos de guerra quedaron sin verificativo en virtud de la convención firmada en San Lorenzo el Real, El Escorial, en 1791 por los excelentísimos señores conde de Floridablanca y Tithervert, plenipotenciario inglés, quienes acordaron que se restituiría a los súbditos británicos las porciones de terreno de que habían sido desposeídos en Nutka, asimismo todas las pérdidas que habían padecido”.¹⁶

Para cumplir con tal comisión, el gobierno inglés comisionó a George Vancouver en su fragata *Desubierta* y el bergantín *Chatam* para que, hallándose recorriendo el estrecho de Fuca en busca del paso hacia el Atlántico, se entrevistase, en Nutka, con don Juan Francisco de la Bodega y Quadra y dierran por satisfechas las condiciones exigidas por los ingleses en el acuerdo de San Lorenzo.

Mociño agrega: “Llegamos a aquella isla el 29 de abril de 1792 y desde aquel momento comenzó a consolidarse más y más la amistad entre los naturales y nosotros. . . casi al mismo tiempo de dar fondo, vino Macuina a dar la bienvenida

¹⁶ MOCIÑO, 1913, p. 77.

al Comandante español. . .” se cantó el estribillo de honor a Macuina y los nutkenses, “rodeando con sus piraguas nuestros buques y llenos de alegría nos condujeron a tierra”.¹⁷

“La pequeña isla de Nutka. . . cuando se ve desde el mar presenta el golpe de vista más pintoresco, pues sus elevadas montañas, cubiertas siempre de pinos y cipreses, parece que jamás sufren se marchite su verdor”.¹⁸ Así inicia José Mariano Mociño su interesantísimo relato acerca de lo que vio y aprendió durante su estancia en Nutka. El solo índice del contenido de su obra “Noticias de Nutka” es elocuente del alto grado de preparación y conocimiento que el naturalista obtuvo de la vida en aquellos parajes. Sus capítulos son:

“1. Del descubrimiento de Nutka o Isla de Manzanedo, su situación, temperamento, producciones naturales en general, talla, figura, adornos, trajes y armas de sus habitantes.

”2. Descripción de las habitaciones, muebles y utensilios de sus manjares y bebidas.

”3. Sistema de gobierno del Tays o Soberano y sumo Sacerdote; de las creencias religiosas; su culto y supersticiones; y sus ritos sepulcrales.

”4. De la dignidad del Tays y sus casamientos; fecundidad de las mujeres; ceremonias con que celebran sus partos; noticias de otras costumbres extrañas.

”5. Ciertos sacrificios usados por los naturales; su ocupación en la pesca y traslación de sus rancherías según las estaciones.

”6. Administración de justicia: algunos oficios como la carpintería, modo de pescar las ballenas, nutrias y el de cazar; ejercicios de las mujeres y algunas artes que conocen.

”7. Del idioma y su afinidad con el mexicano; discurso elocuente del Príncipe Macuina; de la retórica y poesía de los nutkenses y de sus bailes.

”8. De su cronología y modo de contar los días, meses y años. Origen de la población de la isla y corto tráfico con los naturales; la llegada de un buque español en 1774, etc.

”9. Viaje del Comandante español D. Estevan Martínez, etc.

¹⁷ MOCIÑO, 1913, p. 5.

¹⁸ MOCIÑO, 1913, p. 6.

''10. Arribo de Eliza y Alborni en 1790, etc.

''11. Representación de Meares al Gobierno de Inglaterra contra los españoles, etc. Comisión dada por el Virrey de México al autor para la exploración de las producciones naturales; sociabilidad de los nutkenses; utilidad de las misiones; y de promover la agricultura.

''12. Llegada del Comandante inglés Vancouver. Averiguación de la falsedad de las quejas de Meares. Suspensión del ajuste entre el Comandante español y el inglés que remitieron su decisión a sus cortes. Reflexiones sobre la utilidad de conservar o abandonar el establecimiento y modo de extender los españoles el comercio de la peletería''.¹⁹

A tan nutrido e interesante contenido de su obra, Mociño agregó un "apéndice" en que formó un diccionario del idioma de los nutkenses, en vista del gran interés que este aspecto de la cultura de los aborígenes de Nutka tenía entonces para los estudiosos del origen de los idiomas en América. El capítulo séptimo dedicado en gran parte al estudio de la lengua de Nutka explica el interés que había por establecer las semejanzas y diferencias existentes entre el *náhuatl* y el *nutkense*. La discusión se inició varios años antes con el escrito que en 1787 publicara Ruiz y Cañete, en México, acerca del origen de los indios mexicanos. Este autor, habiendo leído minuciosamente la obra de los viajes del capitán Cook y sus descripciones de Nutka, descubre que los dibujos que acompañaban al texto y que mostraban los trajes de los nutkenses, eran muy semejantes a los de los indígenas mexicanos; además, los pilastrones y figuras de medio relieve que el inglés reproduce en su libro le parecieron a Ruiz muy semejantes a las esculturas indígenas de México y por último, el lenguaje de los nutkenses resultaba extraordinariamente semejante al náhuatl.

Antonio Alzate, compartía el sentido de estas observaciones y junto con Ruiz y Cañete sostenían que tales semejanzas eran indicios del origen común y migración de los indios americanos. Mociño era amigo y admirador de Alzate por lo que es de suponerse que conocía la hipótesis de estos inte-

¹⁹ MOCIÑO, 1913, p. 8.

lectuales ilustrados de Nueva España, por lo que decidió proporcionar nuevos elementos para la discusión del tema, una vez que tuvo la suerte de hallarse entre los nutkenses. Mociño incluyó en su obra algunas reflexiones producto de sus propias indagaciones acerca de las semejanzas entre el idioma náhuatl y el nutkense. Sin embargo, se declaró inexperto para dar por confirmada la hipótesis de que ambas lenguas poseyeran un origen común.



Plano del Puerto de Nutka

El naturalista escribió:

“Abundan las consonantes (en el idioma de Nutka) en los vocablos y sus terminaciones suelen ser *tl* y *tz*. . . tengo tan olvidado el mexicano que no me hallo capaz de buscar su analogía con éste. . . los mexicanos para decir *vamos* usan la palabra *tlato* y los nutkenses para decir *vete* usan *tlatlehua*. . . A la palabra *auco* le doy la designación de *comer*, no teniendo realmente más que la de *aquél come*, en este verbo emprendí comenzar a conocer el giro de sus conjugaciones pero no tuve otro fruto que observar las terceras personas: *aquél come es auco; yo comí es aucmiz, tú comiste será auc*. . . los inteligentes pueden consultar el pequeño diccionario que pongo al fin, en el cual he procurado escribir los vocablos con letras que pronunciadas en español den un sonido igual al que en Nutka entra por mis oídos”.²⁰

Al referirse al origen del nombre de la isla con el que los españoles denominaron su posesión, Mociño asegura que los naturales desconocían el vocablo *nutka* y que la isla se llamaba *yut-quatl* en el idioma local. Sospechó que el origen del nombre *nutka* era una modificación a la palabra *nut-chi* que significa “montaña” y de donde los europeos tomaron el sonido para denominar aquel lugar.

En su relato, el naturalista mexicano proporciona una amplia relación acerca de la flora, la fauna y en general los recursos naturales de la isla. Echeverría se encargó de ilustrar no sólo las aves, peces y bellas plantas que clasificaron y recolectaron para los correspondientes herbarios y colecciones de la expedición, sino también dedicó varias láminas para recoger imágenes de la vida, atuendo y costumbres de los nutkenses. Gracias a estos formidables dibujos podemos conocer algo de la atmósfera que les rodeó en la corte del príncipe Macuina, en las fiestas en honor a la princesa, hija adolescente que fue honrada con grandes festividades y de algunas otras anécdotas como la caza y pesca que realizaban los naturales aplicando sus técnicas y ceremoniales autóctonos.

Los últimos capítulos de su obra, Mociño los dedica a la

²⁰ MOCIÑO, 1913, p. 50.

importante reflexión acerca de la utilidad y futuro de las posesiones españolas en aquellas latitudes. Su opinión es sensata y poco optimista. Encuentra absurdo intentar controlar, desde la Nueva España, áreas tan lejanas y de extensión incommensurable que no proporcionan ningún beneficio económico a la Corona. Por el contrario, insiste en fortalecer la vigilancia y el control de la zona californiana. Ubica en las Californias el futuro desarrollo agroindustrial de la Colonia. Alaba sus recursos, la gran extensión del norte mexicano y determina que esa parte será el futuro de la economía de todo el norte americano. Finalmente, advierte del gran riesgo que representa el movimiento expansionista de los norteamericanos que han depositado ya sus esperanzas en los mismos territorios españoles. Proporcionará Mociño sus modestos, pero precisos juicios científicos y técnicos sobre la forma de explotación y desarrollo que debiera implementarse desde San Blas, Nayarit, hasta San Francisco, California, para generar un comercio agrícola en la costa del Pacífico Norte.

Finaliza su relato haciendo un sereno llamado a la cordura de los políticos responsables del "buen manejo y futuro" de las posesiones españolas en América. Antes de cien años, todos esos territorios que Mociño recorre con la vista desde la cubierta de la goleta que lo trae de regreso a Nueva España, quedarán en posesión de otros gobiernos y la frontera de México se recorrerá hasta latitudes que aquel soñador explorador no hubiese imaginado jamás.

La llegada del almirante Vancouver a la isla, permitió el inicio de las conversaciones con el enviado español. No hubo arreglo. Ante la proposición de Quadra de reconocer las posesiones inglesas en Nutka y el tráfico comercial correspondiente, los ingleses decidieron "demandar a nombre de su Monarca la soberanía de todo aquel territorio y la libertad del resto de la costa hasta diez leguas al norte del puerto de San Francisco" (!)²¹ Los comandantes, en desacuerdo, optaron por suspender las pláticas hasta obtener la nueva decisión de las cortes de Madrid y Londres. Una vez que recibieran éstas los informes correspondientes de cada bando y sus

²¹ MOCIÑO, 1913, p. 108.

comisionados, Vancouver prosiguió su viaje y comisionó a su segundo para que se trasladase con los españoles que volvían a Nueva España. Desde ahí partiría rumbo a Europa para informar al rey de lo sucedido.

La flota española arribó a Acapulco con Mociño y Echeverría a bordo, quienes todavía debieron acompañar al comisionado inglés hasta la ciudad de México.

Ahí terminó para el naturalista su aventura en Nutka. No sabemos si alguien leyó su extenso informe; es probable que se enviara en copia a España, porque es allá donde aparecieron las láminas de los dibujos de Echeverría que lo complementaban.

Las grandes convulsiones sociales que se desencadenarían unos cuantos años después, tanto en España como en México, demostraron lo tardío de las reflexiones del ilustrado naturalista. Por ahora José Mariano era ya, en la ciudad de México, una personalidad intelectual que en mucho honraba a la Expedición de Nueva España, la que lo acogió orgullosa de la capacidad del más joven de sus miembros y le encargó el recorrido de todo el sureste del país. La siguiente etapa lo llevaría a recorrer desde Oaxaca hasta los territorios de la actual Nicaragua.

SIGLAS Y REFERENCIAS

ARIAS DIVITO, Juan Carlos

- 1968 *Las expediciones españolas en el siglo XVIII*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.

HUMBOLDT, Alejandro, de

- 1978 *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*. México, Editorial Porrúa, S.A. (Colección "Sepan cuántos. . .", 39).

LOZOYA, Xavier

- 1984 *Plantas y luces en suelo mexicano: la expedición científica a Nueva España (1788-1803)*. Barcelona, Ediciones El Serbal.

MOCIÑO, José Mariano

- 1913 *Noticias de Nutka*. México, Secretaría de Fomento.